

Aquí concluía la carta, y Luis, doblándola con aire pensativo, dijo:

— Es muy capaz de hacerlo como lo dice.

— ¡Friolera! — añadió el maestro. — Es una cabeza destornillada. ¡Mire usted que escribir tres carillas para no decir nada de la fuga! De seguro que ya no se acuerda de semejante cosa. ¿Y qué diablos de sombra sería la que se le apareció en la iglesia?.. ¡Bah!.. Yo no entiendo ni una palabra de cuanto dice.

— Presumo — advirtió Luis — que esa sombra sería alguna mujer. Algunas veces se lo he dicho; si te enamoras, ha de ser de golpe y porrazo; sin duda es eso.

— Bueno estará Montero enamorado. ¡Pobre mujer la que caiga por su banda! ¿Y usted, señora, qué dice á todo esto?

— Digo que no debemos desairar la invitación que nos hace. Ese loco tiene un gran corazón, y es preciso complacerle. Vamos, pues, á San Juan de Luz, puesto que nos espera.

— Maestro — dijo Luis levantándose de la mesa, — está dada la orden; á San Juan de Luz.

— Yo siempre tengo hecha mi maleta — contestó el músico — y además, este viaje me agrada en extremo. Lo que es ahora, no se escapará sin explicarnos el misterio de la fuga.

Entre tanto el comisario de policía redoblaba la vigilancia, seguro de que Montero no había podido escaparse, y que, por consiguiente, caería al fin en sus manos.

CAPÍTULO IX

DOBLE COMLOT

Conociendo la naturaleza temeraria del coronel Montero y su indómita propensión á desafiar los peligros, habría sido imprudente negarse á su deseo. Montero había faltado muchas veces á los juramentos que como militar tenía prestados. De otra manera no hubiera podido conspirar y sublevarse tantas veces como las ambiciones desatentadas de los partidos políticos le ofrecían ocasión de jugarse la cabeza. Mas por una singular contradicción, como si la nobleza instintiva de su carácter quisiera tomar desquite de la infamia de sus perjurios, había dado á su palabra un valor irrevocable. Era preciso que el cielo se viniera abajo para que el coronel Montero no cumpliera lo que una vez había prometido... Era, pues, evidente que si Luis, por lo menos, no se presentaba en San Juan de Luz con la urgencia que la carta exigía, el coronel, con su loca audacia, arrostrando todos los peligros, volvería á Madrid á dar con su persona testimonio de que sabía cumplir su palabra.

En cualquier otra época este hombre de corazón impávido y de voluntad incontrastable habría sido un héroe, Hernán Cortés, por ejemplo; pero en la época presente su gran celebridad no pasaba de los límites de la que el mundo concede con desdeñosa admiración á las cabezas destornilladas. Su genio inquieto y atrevido no encontraba el camino de las grandes empresas, y se ejercitaba en toda cla-

se de peligrosas travesuras, malgastando sus heroicos ímpetus en hazañas sin grandeza, sin utilidad y sin gloria.

Era preciso ir á San Juan de Luz para evitar la contingencia de que hiciera un nuevo desatino. No había ni aun el recurso de excusarse razonablemente por medio de una carta, porque sería indispensable poner su nombre en el sobre, puesto que no había otra manera de dirigirla; y en tal caso, necesario es convenir casi con seguridad completa en que la carta no llegaría á su destino.

Entre todas las inviolabilidades tan cara y sangrientamente proclamadas, y, digámoslo así, estatuidas de medio siglo á esta parte, empezando por la inviolabilidad del monarca y acabando por la inviolabilidad de la correspondencia, no hay una que no se vea frecuentemente atropellada, lo mismo por unos que por otros. Salvo que las tiranías antiguas eran menos odiosas en cuanto eran menos hipócritas.

Echar en el buzón una carta con sobre al coronel Montero, equivalía, con cortísima diferencia, á ponerla en manos de sus perseguidores.

Sobre estas razones, en que Luis pensó seriamente, tenía su madre otra razón más poderosa. Razón de mujer, inexplicable, y por lo mismo indiscutible. Desde el momento en que Luis terminó la lectura de la carta del coronel Montero, la buena señora sintió una voz secreta que le decía: «Á San Juan de Luz... Á San Juan de Luz,» y dejándose llevar por este impulso de su corazón, decidió el viaje sin vacilar de la manera que hemos visto.

Por su parte, Montero esperaba los huéspedes, casi seguro de que no titubearían en acudir á su llamamiento... Y en efecto, no se engañó; pues á San Juan de Luz tenemos que ir también nosotros si hemos de continuar por sus pasos naturales el curso sencillo é interesante de nuestro relato.

Luis y el maestro se paseaban silenciosamente por de-

lante de la casa, cada uno de ellos absorto en sus respectivos pensamientos contemplando alternativamente la montaña, el mar y el cielo á la luz majestuosa é inimitable del sol que empezaba á ponerse, iluminando las cumbres con rayos de color de fuego, tiñendo el azul profundo de las aguas con reflejos violados, y ciñendo el horizonte con fajas de púrpura.

De vez en cuando suspiraba Luis, como si su corazón se sintiera empapado en la melancolía de la tarde, y el músico parecía marcar con sus pasos los compases de la ronca sinfonía que las olas ejecutaban golpeando incesantemente la extensa curva de la resonante playa.

Luis se sumergía cada vez más en las tiernas profundidades de su pensamiento, y su compañero lo dejaba suspirar á sus anchas, esperando que aquella nube de suspiros fuera el prelude del tema obligado de sus conversaciones, interrumpidas desde la misteriosa desaparición del coronel Montero. Hacía todo ese tiempo que los dos amigos no se habían engolfado en el mar de los recuerdos hablando de *Ella*.

El músico esperó algunos minutos inútilmente, porque Luis continuaba silencioso.

«Indudablemente — se decía á sí mismo, — piensa en *Ella* y me lo oculta, callando como un muerto; pues bien, yo le hablaré de otra cosa.»

— Desde anoche estamos aquí — añadió levantando la voz. — Encontramos á nuestro fugitivo, que nos recibió con los brazos abiertos; la comida fué excelente, hemos dormido á pierna suelta, hemos charlado de todo, pero todavía no hemos podido sacarle ni una palabra acerca de la historia de su fuga... Contesta á nuestras preguntas con ademanes de admiración, se sonríe, y aplaza siempre el cuento para ocasión más oportuna. ¿No es esto raro?

— Conoce nuestra curiosidad — dijo Luis, — y se divierte excitándola.

— ¿Y se acuerda usted — preguntó el músico — de la descripción que nos hacía de la casa? «Á la izquierda se levantan las agrestes cumbres del Pirineo, que se empinan atrevidas como si quisieran escalar el cielo; delante tiende el Océano sus olas agitadas, que braman empujándose unas á otras, como si quisieran tragarse la tierra; á la derecha...; mas, chitón..., á la derecha no puedo decirte lo que hay...» Esto decía, y yo pregunto: ¿Qué diablos hay á la derecha?, porque yo me desojo buscando lo que hay á la derecha, y no veo más que la continuación del paisaje que, paralelo al mar, va á perderse en el horizonte.

— ¿Nada más? — preguntó Luis sonriéndose.

— Vamos por partes — contestó el músico. — En primer lugar, veo esa casita pintada, que á cien pasos de aquí se levanta, como un quiosco en medio de un jardín que parece un pañuelo.

— Pues no pase usted adelante, porque esta casita que parece un quiosco debe ser todo lo que hay á la derecha,

— ¿Y qué singular secreto digno de tanto sigilo puede ocultarse entre las cuatro paredes de esa casa?

— Recuerde usted que Montero nos hablaba de una sombra, de una aparición que lo dejó absorto al salir de la iglesia.

— Cierto.

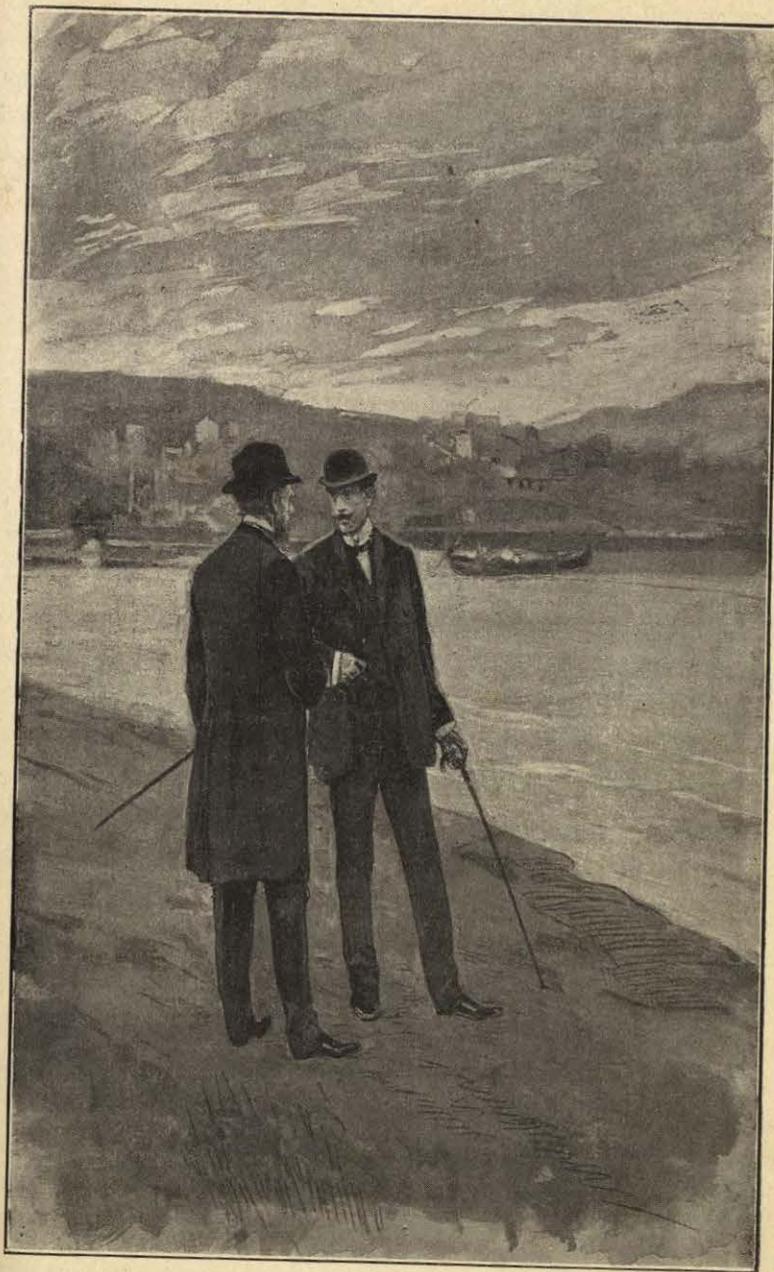
— Convenimos en que esa sombra debía ser de una mujer.

— Es verdad.

— Y sacamos por consecuencia que el inaccesible Montero había tropezado al fin con su media naranja.

— Justo.

— Pues bien; esa hada, á quien debemos suponer irresistiblemente seductora, no ha de vivir á la intemperie. ¿Por qué, pues, no ha de tener su domicilio en la casita solitaria que parece un quiosco?



DESDE ANOCHE ESTAMOS AQUÍ...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cde. 1625 MONTERREY, MEXICO

— No tiene duda — exclamó el músico con súbito convencimiento. — En ese nido de pájaros debe albergarse la señora de sus pensamientos. Ahora se entiende su carta perfectamente. Vamos — añadió cogiendo el brazo de Luis; — vamos á rendir á la ninfa encantadora del quiosco el homenaje de nuestra curiosidad.

— ¿No será una impertinencia? — preguntó éste.

— No tal — contestó el maestro. — ¿Qué impertinencia hay en alargar nuestro paseo cien pasos más?.. Daremos una vuelta alrededor de la casa, y asunto concluído. Esta es la hora de tomar el fresco, y si la vaporosa vecina no ha hecho de su hermosura un arcano impenetrable, nos dejará ver su rostro de náyade y su cuerpo de sílfide... Y aquí me ocurre una idea de primer orden... Vamos al caso: Usted pinta como Murillo; he visto que se ha traído usted su paleta y sus pinceles. No necesita usted más que verla una vez para copiarla al pie de la letra. Se encierra usted en su cuarto, y en dos horas, con cuatro toques maestros, hace usted su retrato; con que tenga cierta semejanza, basta; lo colocamos sigilosamente en la habitación del coronel, y un día al despertarse abre los ojos, y se encuentra frente á frente de la imagen de su adorado tormento. ¿Qué tal?.. Es una broma de muy buen gusto.

Diciendo esto arrastraba á Luis hacia la casa de la presunta vecina... Luis se dejaba arrastrar riéndose de la idea del músico, y asegurando que no respondía de la exactitud del retrato. Así llegaron hasta la casa, pasando por delante de ella. La puerta se hallaba entornada, y las miradas curiosas de los dos amigos no pudieron penetrar en el interior del vestíbulo, que debía ser un vestíbulo en miniatura. Rodeado el jardín por una verja rústica, cuyos cuatro ángulos se apoyaban en los troncos de cuatro sauces, les impedía acercarse, y dieron una vuelta alrededor de la cerca; vuelta inútil, porque las ventanas, tan prudentes

como la puerta, tenían caídas las persianas, de modo que, dejando libre el paso á la luz y al aire, impedían que pasaran adelante las miradas indiscretas.

— Pues, señor — dijo el maestro, — el nido está vacío, ó la náyade duerme como un simple mortal en el lecho de algas.

— Por de pronto — añadió Luis, — me parece que la familia no ha de ser muy numerosa. Es demasiada soledad y demasiado silencio.

— A no ser — replicó el músico — que se haya venido aquí á pasar el verano una comunidad de monjas, y se hallen en este momento en oración mental.

Luis suspiró, y el maestro prosiguió, diciendo:

— Creo que por esta tarde debemos renunciar á nuestro complot; el sol se ha ocultado ya, y aunque la persiana que tenemos delante se descorriera ahora mismo y nos dejara ver el rostro que buscamos, sería inútil, porque no podríamos verlo para retratarlo; pero no desistimos, mañana volveremos. Hay que verla á buena luz para que no se escapen los principales detalles. El coronel nos oculta su secreto y nosotros lo descubrimos...; es un gran golpe..., es el castigo de su reserva. Además, siento viva curiosidad por saber qué especie de mujer es ésta que le ha hecho perder el juicio al loco de Montero.

— Sí, sí — dijo Luis; — volveremos mañana. Hay en este silencio y en esta soledad cierta dulce tristeza que me atrae.

Algo más iba á decir, pero la palabra se detuvo en sus labios, interrumpida por el eco repentino de una armonía inesperada. Ambos amigos se quedaron suspensos. Dos manos ágiles recorrían suavemente el teclado de un piano invisible, produciendo una sucesión de acordes que se columpiaban, si puedo decirlo así, por toda la extensión de la escala, formando un arpeggio cuya melodía artísticamente

te combinada se reproducía en nuevas cadencias, cuando al parecer iba á caer agotada. Salían las notas al través de las persianas caídas.

— ¡Soberbia fuga! — exclamó el músico.

— Silencio — dijo Luis, — poniéndole la mano en la boca.

Cesó el arpeggio, y el maestro pudo contar cuatro compases de espera, al cabo de los que prorrumpió el piano en un canto solemne, augusto, lleno de dolor y lleno de esperanza.

— ¡Jesucristo! — volvió á exclamar el músico, llevándose la mano á la cabeza y quitándose el sombrero. — ¡Es el *Stabat Mater* de Rossini!.

Luis no debió oír esta segunda exclamación del maestro, porque se hallaba absorto, embebido, suspenso entre el cielo y la tierra.

Así permanecieron largo rato. Mucho después que el piano hubo pronunciado la última frase, cayeron en la cuenta de que el canto había concluído, volviendo todo á quedar en silencio. Entonces el maestro sacudió el brazo de Luis, diciéndole:

— La hada del quiosco tiene un alma de artista y unas manos de ángel. ¡Ah! Es preciso conocerla, hay que retratarla. Sólo conozco una que tenga en las puntas de los dedos el secreto de las supremas ejecuciones.

— ¿Quién? — preguntó Luis.

— *Ella...*, la señorita de Miramar; no conozco otra. Pero aquel espíritu extravagante, aquel genio indómito, no se sujetó jamás á las reglas del buen gusto; se reía del arte clásico, que es el arte verdadero; no respetaba ni la severidad del compás, ni la integridad de las notas. ¡*Ella*, que tenía en el alma el genio de la música!.. Ese *frasear* limpio, puro y correcto que acabamos de oír, nunca pude conseguirlo en *ella*.

Aquí el músico se detuvo, como si viera abierto delante de sus ojos el abismo de sus antiguas desesperaciones, y Luis, apoyándose en su brazo y ahogando un suspiro, dijo:

— *Ella...*, quizá no se acuerda ya de nosotros.

Á todo esto había caído completamente la noche, y los dos amigos se alejaron silenciosos, llevándose los oídos llenos y los ojos vacíos.

¿Y Montero?.. Montero sostenía entre tanto con la madre de Luis una larga y empeñada conferencia.

En el momento en que vamos á encontrarlo, parece que termina un extenso relato, pues inclinándose sobre los brazos de la butaca en que está sentado, pregunta:

— ¿No es todo esto providencial?

— Sin duda ninguna — le contesta la señora.

— Al verla — prosiguió diciendo, — creí que era una alucinación de mis ojos, y adelantándome salí de la iglesia y la esperé para examinarla á la luz del día. Al través del velo que ocultaba su rostro, distinguí perfectamente sus facciones; la majestad de su continente y todo el aire de su persona me dijeron á un tiempo que aquella era la mujer que yo buscaba. Á la distancia más respetuosa que me fué posible, seguí sus pasos. Desde entonces no la he perdido de vista.

— ¿Qué hace aquí? — preguntó la madre de Luis.

— Esa misma pregunta me he dirigido muchas veces, y no he encontrado más que una respuesta.

— Veamos.

— Aquí está cerca de España. Es libre, ha podido ir á otra parte á pasar el verano; pero Dios la ha traído aquí para que yo la vea, ha querido que yo sirva al fin para algo bueno.

Estas palabras obtuvieron una sonrisa, que expresaba al mismo tiempo admiración, gratitud y alegría. El coronel la recogió toda entera, añadiendo:

— Ahí tiene usted la historia *c* por *b*; vamos ahora á combinar nuestro plan de ataque. Mi primer proyecto fué robarla.

— ¡Jesús, qué desatino!.. — exclamó la señora.

— Confieso que la idea del rapto me pareció sublime; pero dándole vueltas, vi que era una solemne barbaridad, y me puse á discurrir otro medio más diplomático. Después de ir y venir doscientas veces de un extremo á otro de esta sala, concebí mi segundo proyecto, que lo tuve por magnífico. Había recibido aquella tarde un equipaje completo que encargué á Bayona, y me dije: Mañana, en cuanto Dios eche su luz, me engalano, y como quien no quiere la cosa, paso tras paso me planto en casa de la vecina, y allí me arrojo á sus pies, exclamando: «Señorita, Dios la ha puesto á usted en mi camino para que sea yo el que venga á ofrecerle la felicidad de un amor extraordinario, de un amor que no tiene ejemplo en el mundo. Por todos los santos del cielo, le suplico á usted que me deje ver una sonrisa de aprobación; no pido más que una sonrisa para poder asegurar que soy el hombre más afortunado de la tierra.» Con semejante discurso, lanzado así á quemarropa, me dí por victorioso; mas repasándolo y ensayándome para decirlo de corrido y producir buen efecto, comencé á notar que mis palabras no tenían pies ni cabeza. Decididamente yo no sirvo para estas embajadas, y deseché el segundo proyecto.

— Hizo usted muy bien en desecharlo — advirtió la madre de Luis. — Veamos el tercero.

— El tercero fué escribirle á Luis, para que vinieran ustedes inmediatamente; han venido, está usted aquí, acabo de enterarla de todo, y va usted á ser mi cómplice; porque si me deja usted solo, voy á hacer algún disparate.

— Entro en el complot con toda mi alma, mas deseo

saber qué papel es el que á mí me toca en el plan que ha-
ya usted concebido. Tengo curiosidad por saberlo.

— El papel de madre — contestó Montero.

— ¿Qué hago, pues?

— Ir.

— Adelante.

— Verla.

— Bien.

— Abrazarla como se abraza á una hija.

— ¡Oh!. Sí, sí.

— Le dice usted que soy un hombre atroz, terrible,
capaz de todo. Las mujeres se entienden ustedes al mo-
mento, y es cosa hecha; nos concede su mano, y *tableau*.

La madre de Luis se levantó repentinamente, como si
en aquel mismo instante hubiera decidido poner en ejecu-
ción el plan de Montero, mas se detuvo, diciendo:

— No quisiera ejercer ninguna violencia sobre su co-
razón.

— ¿Teme usted una repulsa? — preguntó el coronel
asombrado.

— Al contrario — le contestó. — Temo desviar su volun-
tad de más nobles propósitos.

— O soy rematadamente imbécil — replicó Montero —
ó su voluntad está vista. ¿Piensa usted que oculte el desig-
nio de sepultarse en un convento? Entonces, será preciso
convenir en que ha venido á San Juan de Luz á pasar el
noviciado antes de pronunciar los votos. No; no, señora;
créame usted, no la quiere Dios para el claustro. Además
sospecho que la visita ha de ser larga, y podrá usted son-
dear su corazón y leer en sus ojos hasta la última letra de
su pensamiento. Me parece que hablo como un libro.

— Sí; pero venga usted acá, cabeza destornillada; ¿qué
perdemos con dejar que las cosas marchen naturalmente y
se consumen por sí mismas? Hasta ahora se han combina-

do providencialmente; dejemos á Dios la decisión del caso,
según sus altos designios.

— Señora — dijo el coronel, — ante todo perdemos tiem-
po; y no es la vida tan larga que sea prudente dejar la fe-
licidad que hoy se nos presenta para el mes que viene. En
cuanto á la Providencia, ha dicho ya bastante. ¿Le parece
á usted justo dejarla que trabaje como una negra, quedán-
donos nosotros mano sobre mano? *Cuando te den la va-
quilla acude con la soguilla*. ¡Demonio! *A Dios rogando y
con el mazo dando*. Quítele usted á este asunto el encanto
de la sorpresa, el efecto de una dicha inesperada, lo que
se llama el golpe maestro, el trueno gordo, y el desenlace
será lento, frío, insoportable... Por último, si no toma usted
la dirección ejecutiva de mi plan, no respondo de no echar-
lo todo á perder, haciendo algún disparate.

Quizá la madre de Luis no necesitaba para decidirse
tan poderoso esfuerzo de elocuencia; tal vez su corazón se
hallaba de antemano convencido; mas si no era así, las
razones de Montero triunfaron definitivamente en su espí-
ritu, porque le tendió la mano, diciendo:

— Acepto.

— Silencio — exclamó el coronel mirando por una de las
dos ventanas, al través de las que las primeras claridades
de la luna iluminaban la estancia con luz misteriosa. — Luis
y el maestro vuelven de su filosófico paseo, y se adelantan
como dos sombras; salgo á su encuentro para que no sos-
pechen nada. Nuestro complot debe ser un secreto impe-
netrable, porque es preciso que la noticia caiga sobre ellos
como un rayo.

Pronunciando estas palabras á media voz, salió de la
estancia con aire triunfante.